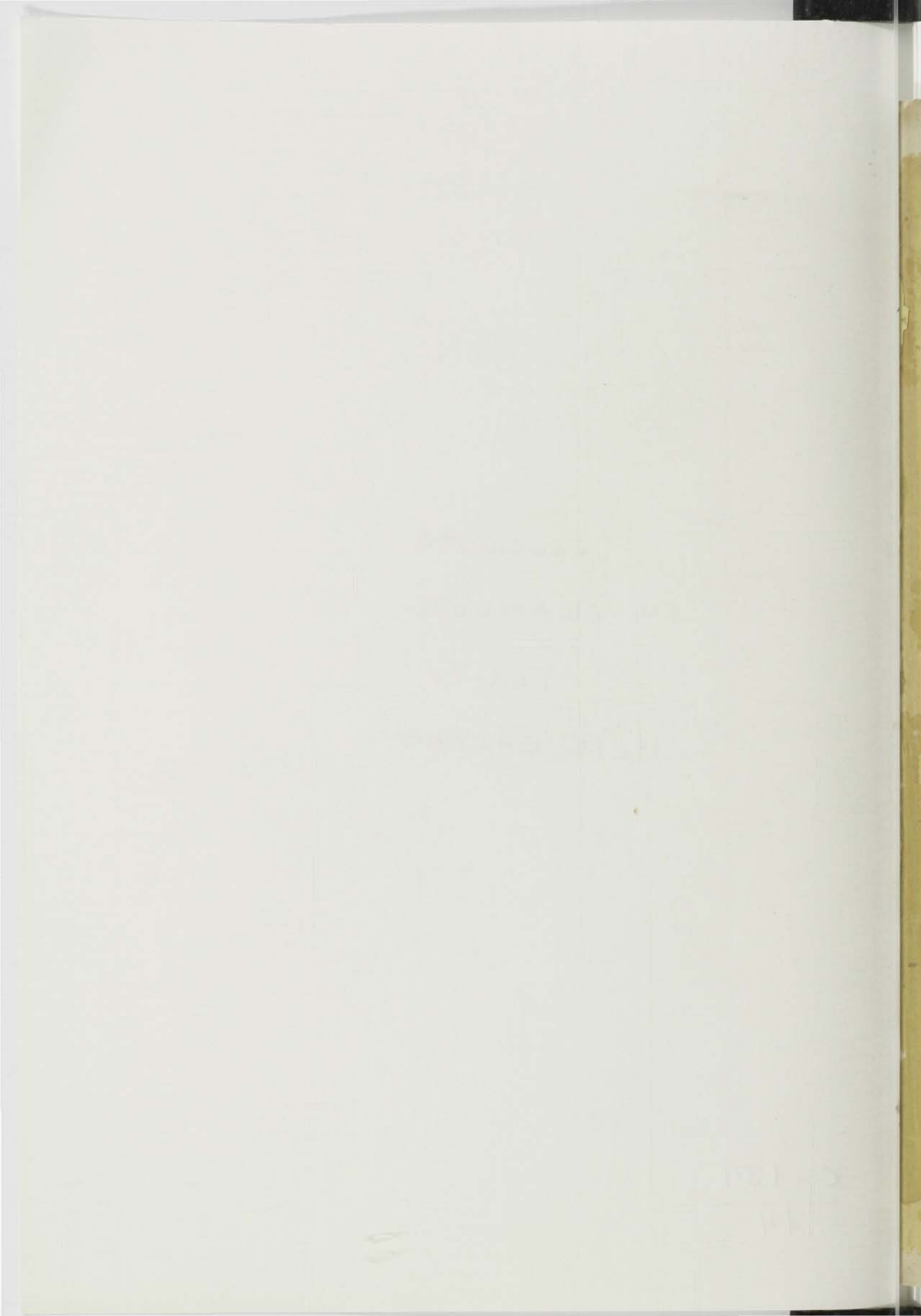


JESUCRISTO  
EN FLANDES  
POR  
H. DE BALZAC

C-184  

---

14



C-184  
19

**JESUCRISTO**  
**EN FLÁNDES,**

POR

**H. de Balzac.**

REGALO

**DE LA VOZ DE GALICIA**

A LOS SEÑORES SUSCRITORES.



**CORUÑA:**

Establecimiento tipográfico de LA VOZ DE GALICIA.

1883.

C-184  
19

M. 13224

**JESUCRISTO**  
**EN FLÁNDES,**

POR

**H. de Balzac.**

REGALO

DE LA VOZ DE GALICIA

A LOS SEÑORES SUSCRITORES.



**CORUÑA:**

Establecimiento tipográfico de LA VOZ DE GALICIA.

**1883.**

A-13128

---

## I.

### EN EL MAR.

En una época bastante indeterminada de la historia brabantina, una barca destinada al transporte de viajeros sostenía las relaciones entre la isla de Cadzant y las costas de Flándes.

Midelbourg, capital de la isla, más adelante tan célebre en los anales del protestantismo, contaba apenas dos ó trescientos vecinos.

La rica Ostende era una ensenada desconocida, flanqueada por una aldea miserablemente poblada por algunos pescadores, negociantes pobres y corsarios impunes.

A pesar de ello, la población de Ostende, compuesta de unas veinte casas y trescientas chozas, barracas ó chirivitiles, construidos con restos de buques naufragados, disfrutaba de un gobernador, de una milicia, de horcas patibularias, de un convento, de un burgomaestre, en una palabra, de todos los órganos inherentes á una civilización adelantada.

¿Quién reinaba entonces en Brabante, en Flándes, en Bélgica?

La tradición guarda silencio sobre este punto.

Confesemos que esta historia adolece extrañamente de lo vago, de lo incierto, de lo maravilloso, que los oradores favoritos de las veladas damencas se han complacido con frecuencia en derramar en sus glosas, tan diversas de poesía, como contradictorias en los detalles.

Narrada de edad en edad, repetida de hogar en hogar por los abuelos, por los narradores nocturnos y diurnos, esta crónica ha recibido de cada siglo un colorido diferente. Semejante á esos monumentos combinados según el capricho de los arquitectos de cada época, pero cuyas masas negras y borrados caracteres, agradan á los poetas, sería capaz de desesperar á los comentadores, á los escudriñadores de palabras, hechos y fechas.

El narrador cree en ella, como la han creído todos los espíritus supersticiosos de Flándes, sin ser por ello ni más doctos ni más débiles.

Solamente que, en la imposibilidad de poner en armonía todas las versiones, hé aquí el hecho, despejado tal vez de

su novelesca sencillez imposible de reproducir; pero con su atrevimiento, que la historia desconoce; con su moralidad, que la religion aprueba; su fantasmagoría, flor de la imaginación; su sentido oculto, que el sabio puede aprovechar.

A cada uno su pienso y el cuidado de separar el buen grano de la zizafia.

La barca destinada á trasportar á los pasajeros desde la isla de Cadzant á Ostende, iba á abandonar la playa.

Antes de desatar la cadena de hierro que sujetaba su chalupa á una piedra del pequeño muelle donde se embarcan, el patron tocó repetidas veces la bocina, con objeto de llamar á los rezagados, porque aquel era su último viaje.

La noche se acercaba; los últimos rayos del sol poniente permitian apenas divisar las costas de Flándes, y distinguir en la isla á los pasajeros retrasados, vagando, ya á lo largo de las murallas de tierra que rodeaban los campos, ya entre los altos juncos de los pantanos.

La barca estaba llena, un grito se dejó oír:

—¡Qué esperais?... Partamos.

En el mismo momento, un hombre apareció á algunos pasos del muelle; el piloto, que no le habia oído venir ni andar, quedó bastante sorprendido al verle.

Aquel viajero parecia haberse levantado del suelo repentinamente, como un aldeano que se hubiera echado á dormir en un campo, esperando la hora de la partida, y á quien la trompeta hubiese despertado.

¿Era un ladron? ¿Era algun aduanero ó un polizonte?

Cuando llegó al muelle en que estaba amarrada la barca, siete personas colocadas en la parte posterior de la chalupa se apresuraron á sentarse á los bancos, á fin de estar allí solas y no dejar colocarse entre ellas al forastero. Fué aquel un pensamiento instintivo y rápido, uno de esos pensamientos aristocráticos que brotan del corazon de los ricos.

Cuatro de aquellos personajes pertenecian á la más alta nobleza flamenca.

En primer término, un joven caballero, acompañado de dos hermosos galgos y llevando sobre sus largos cabellos una gorra adornada de piedras preciosas, hacia crujir sus doradas espuelas y de vez en cuando retorcia con impertinencia su bigote, dirigiendo miradas desdeñosas al resto de la tripulación.

Un altiva señorita tenia un halcon sobre su puño, y no hablaba más que con su madre ó bien con un eclesiástico de alto rango, pariente de ellas sin duda.



Estas personas metían gran ruido y conversaban juntas como si se hubieran hallado solas en la barca.

Con todo, junto á ellos se veía un hombre muy importante en la comarca, un grueso burgués de Bruges, embozado en una ancha capa.

Su criado armado hasta los dientes, habia colocado junto á él dos talegos llenos de dinero.

Inmediato á éstos, se hallaba todavía un hombre científico, doctor en la universidad de Louvain, teniendo al lado su escribiente.

Estas personas, que se despreciaban mutuamente, se hallaban separadas de la parte delantera por el banco de los remeros.

Cuando el pasajero rezagado puso el pié en la barca, lanzó una mirada rápida á la parte posterior, no vió en ella sitio y fué á solicitar uno de los que se hallaban en la delantera del batel.

Aquellos eran unos pobres.

El aspecto de un hombre con la cabeza desnuda, cuyo traje y calzones de camelote oscuro, cuya valona de lino almidonado, carecian de adornos; que no llevaba en la mano gorra ni sombrero; sin bolsa ni espada en el cinto; todos le tomaron por un burgomaestre seguro de su autoridad, burgomaestre bueno y dulce, como algunos de esos viejos flamencos cuya naturaleza y carácter ingenuos, han sabido conservar con tanta perfeccion los pintores del país.

Los pobres pasajeros acogieron entónces al desconocido con demostraciones respetuosas, que excitaron burlescos cuchicheos entre la gente de la parte posterior.

Un viejo soldado, hombre avezado á la fatiga, cedió su asiento en el banco al forastero, se sentó en el borde de la barca, y se mantuvo allí en equilibrio, por la manera con que apoyó sus piés en uno de esos travesaños de madera que, semejantes á las espinas de un pescado, sirven para sujetar las tablas de los bateles.

Una jóven, madre de un pequeño niño, y que al parecer pertenecía á la clase obrera de Ostende, se corrió á un lado para dejar sitio suficiente al recién llegado.

Aquel movimiento no reveló servilismo ni desden. Fué una de esas pruebas de cortesía, por medio de las cuales los pobres, acostumbrados á apreciar el valor de un servicio y las delicias de la fraternidad, revelan la franqueza y el genial de sus almas, tan sencillas en la expresion de sus cualidades y defectos; así, el forastero le dió las gracias con un gesto lleno de nobleza.

Luego tomó asiento entre la jóven madre y el viejo soldado. A su espalda se hallaban un labriego, y su hijo, de diez años de edad.

Una pobre, andrajosa, con un zurrón casi vacío, viejo y arrugado, tipo de infortunio y negligencia, yacía en el extremo de la barca, acurrucada en un montón de cables.

Uno de los remeros, antiguo marino, que la conociera hermosa y rica, la había hecho entrar en la barca, según el admirable modismo popular, *por amor de Dios*.

—Muchas gracias, Tomás, había dicho la vieja, esta noche rezaré por tí dos Padrenuestros y dos Avemarias, al rezar mis oraciones de costumbre.

El patrón tocó la bocina una vez más, miró la campiña silenciosa, lanzó la cadena en el batel, corrió á lo largo de un costado hasta el timón, asió la caña de éste, y permaneció de pie; luego, después de haber contemplado el cielo, dijo con voz fuerte á sus remeros, cuando se hallaron en plena mar:

—¡Remad, remad fuerte y despachemos! La mar sonríe á un mal presagio, ¡la bruja! Noto la marejada en el movimiento del timón, y la tempestad en mis heridas.

Estas palabras, dichas en términos marinescos, especie de lenguaje inteligible solamente para oídos acostumbrados al estruendo de las olas, imprimieron á los remos un movimiento precipitado pero siempre cadencioso: movimiento unánime, distinto de la anterior manera de remar, como el trote de un caballo lo es de su galope.

La gente distinguida, sentada en la parte de atrás, se complació en ver todos aquellos brazos nerviosos, aquellos rostros tostados, de ojos de fuego, aquellos músculos tirantes y aquellas diferentes fuerzas humanas, obrando de consuno para hacerles atravesar el estrecho, mediante una exigua cantidad.

Lejos de deplorar aquella miseria, contemplaron á los remeros, riéndose de las expresiones grotescas que la manobra imprimía á sus atormentadas fisonomías.

En la parte delantera, el soldado, el labriego y la vieja, contemplaban á los marineros con esa especie de compasión natural en la gente que, viviendo de su trabajo, conoce las rudas angustias y las febriles fatigas de aquel. Además, avezados á la vida de la intemperie, todos habían comprendido, por el aspecto del cielo, el peligro que amenazaba; por lo mismo todos estaban graves.

La jóven madre mecía á su hijo, cantándole un antiguo himno místico, para que se durmiera.

—Si llegamos sanos y salvos, dijo el soldado al labriego, el buen Dios habrá tenido empeño en dejarnos con vida.

—¡Ah! Él es el señor de todo lo creado, respondió la vieja; pero yo creo que su verdadero gusto es llamarnos á sí. Ved allá abajo aquel resplandor.

Y con un gesto de cabeza, señalaba á poniente, en donde fajas de fuego destacábanse vivamente sobre nubes oscuras, matizadas de rojo, que parecían próximas á desencadenar algún viento furioso.

El mar dejaba oír un murmullo sordo, una especie de mugido interior, muy semejante á la voz de un perro, cuando no hace más que refunfuniar.

Al fin y al cabo, Ostende no estaba lejos. En aquel momento el cielo y el mar ofrecían uno de esos espectáculos á los cuales quizás es imposible á la pintura y á la palabra dar más duracion de la que realmente tienen.

Las creaciones humanas quieren contrastes poderosos.

De modo que los artistas piden de ordinario á la naturaleza sus fenómenos más brillantes, desesperando sin duda de copiar la grande y bella poesia de su aspecto natural, por más que con frecuencia el alma humana se sienta tan profundamente conmovida en la calma como en el movimiento, y por el silencio tanto como por la tempestad.

Hubo un momento, en la barca, en que todos permanecieron silenciosos y contemplaron el mar y el cielo, ya fuese presentimiento, ya por obedecer á esa melancolia religiosa que se apodera de casi todos nosotros, en la hora de la oracion, á la caída de la tarde, en el instante en que la naturaleza permanece muda, en que las campanas hablan.

El mar despedía un resplandor blanco y cárdeno, pero cambiante y parecido á los colores del acero.

El cielo en general estaba gris.

Al oeste, largos espacios estrechos semejaban olas de sangre, mientras que en oriente, líneas brillantes, como trazadas con un fino pincel, se hallaban separadas por nubes formando pliegues, como arrugas en la frente de un anciano.

De suerte que el mar y el cielo ofrecían por todas partes una superficie empañada, toda de medias tintas, que hacia resaltar los fulgores siniestros del ocaso.

Esta fisonomía de la naturaleza inspiraba un terrible sentimiento.

Si se nos permitiera introducir en el lenguaje escrito los atrevidos tropos del pueblo, repetiríamos lo que decía el

soldado, que el tiempo estaba vencido; ó bien lo que el labriego le contestó, que el cielo tenía cara de verdugo.

De repente el viento se desató hácia poniente, y el patron, que no cesaba de consultar el mar, viéndole hincharse en el horizonte, exclamó:

—¡Ohé, ohé!...

A este grito los marineros se detuvieron al instante y dejaron nadar sus remos.

—El patron no se engaña, dijo friamente Tomás, cuando la barca, levantada hasta la cúspide de una enorme ola, cayó de nuevo como en el fondo del mar entreabierto.

A este movimiento extraordinario, á esta repentina cólera del Océano, la gente de atrás palideció y lanzó un grito terrible:

—¡Vamos á morir!

—¡Oh! todavía no, les respondió tranquilamente el patron.

En el mismo instante desgarráronse las nubes al esfuerzo del viento, precisamente encima de la barca.

Las masas grises habiéndose esparcido con siniestra prontitud hácia oriente y el ocaso, la luz crepuscular cayó verticalmente en la barca por una raja debida al viento de la tempestad, y permitió ver los semblantes.

Los pasajeros, nobles ó ricos, marineros y pobres, permanecieron un momento sorprendidos al aspecto del recién llegado.

Sus cabellos de oro, partidos en dos ondas sobre su frente serena y tranquila, caian en numerosos bucles sobre sus hombros, dibujando en la parda atmósfera un semblante sublime de dulzura en que resplandecía el amor divino.

No es que despreciara la muerte, es que estaba seguro de no perecer.

Pero si en un principio la gente de atrás olvidó un instante la tempestad cuyo implacable furor les amenazaba, recobraron bien pronto sus sentimientos egoistas y los usos de la vida.

—Ese estúpido burgomaestre, qué feliz es de no apercibirse del peligro que corremos todos!... Está allí como un perro, y morirá sin agonía, dijo el doctor.

Apenas hubo pronunciado esta frase bastante discreta, la tempestad desencadenó sus legiones.

Los vientos soplaron por todas partes, la barca volteó como una peonza, y el agua penetró en ella.

—Oh, mi pobre hijo! hijo mio! ¿quién salvará á mi hijo? prorrumpió la madre, con voz desgarradora.

—Vos misma, respondió el forastero.

El metal de aquel órgano penetró el corazón de la joven, haciéndole concebir una esperanza; ella oyó aquella suave palabra, á pesar de los silbidos de la tempestad, á pesar de los gritos exhalados por los pasajeros.

—Virgen Santa del buen Socorro que estais en Anvers, yo os prometo mil libras de cera y una estatua, si me sacais con bien de aquí, exclamó el burgués, de rodillas sobre sus talegos de oro.

—La Virgen no se encuentra ya en Anvers ni aquí, le respondió el doctor.

—Está en el cielo, replicó una voz que parecia salir de las olas.

—¿Quién ha hablado, pues?

—Es el diablo, exclamó el criado, que se está burlando de la Virgen de Anvers.

—Dejad á vuestra Santa Virgen, dijo el patron á los pasajeros. Empuñad los achicadores y vaciad el agua de la barca... Y vosotros, añadió dirigiéndose á los marineros, remad de firme! Tenemos un momento de plazo; en nombre del diablo que os conserve la vida, seamos nosotros mismos nuestra Providencia. Este antiguo canal es furiosamente peligroso, ya se sabe; hace treinta años que lo atravieso. ¿Es esta la vez primera que me bato con la tempestad?

Luego, de pié en su timon, el patron continuó mirando alternativamente su barca, el mar y el cielo.

—El patron se burla siempre de todo, dijo Tomás en voz baja.

—¿Permitirá Dios que muramos en compañía de esos miserables? preguntó la orgullosa joven al gallardo caballero.

—No, no, noble señorita. Escuchadme.

La asió del talle, y trayéndola hácia sí le dijo al oido:

—Yo sé nadar, no digais una palabra. Os asiré de vuestra hermosa cabellera, y os conduciré despacito á la playa; pero no puedo salvar sino á vos.

La señorita miró á su anciana madre.

La pobre señora estaba de rodillas y pedia alguna solucion al obispo que no la escuchaba.

El caballero leyó en los ojos de su bella amante un débil sentimiento de piedad filial, y le dijo con voz sorda:

—¡Someteos á la voluntad de Dios! Si quiere llamar á sí á vue tra madre, será por su bien, no lo dudeis... por su felicidad en el otro mundo, añadió con voz mas baja todavia.

—Y por la nuestra en éste, pensó.

La señora de Rupelmonde poseia siete feudos, además de la baronía de Graves.

La señorita oyó la voz de su propia conservación, los intereses de su amor, hablando por boca del apuesto aventurero, joven descreído que frecuentaba los templos en busca de una presa, de una niña casadera ó hermosos escudos cantantes y sonantes.

El obispo bendecía las olas y les ordenaba que se calmaran, desesperando de ello con razón: pensaba en su concubina que le aguardaba con algún delicado festín, que tal vez en aquel momento entraba en el baño, se perfumaba, se vestía de terciopelo ó se hacía abrochar sus collares y sus piedras preciosas.

Lejos de pensar en las atribuciones de la santa Iglesia, y de consolar á aquellos cristianos, exhortándoles á confiar en Dios, el perverso obispo mezclaba sentimientos mundanos y palabras de amor á las palabras santas del breviario.

El fulgor que iluminaba aquellos pálidos rostros permitió ver sus diversas expresiones, cuando la barca, arrebatada en los aires por una ola, luego precipitada de nuevo en el fondo del abismo, luego sacudida como una hoja seca, juguete del cierzo de otoño, orujoó en toda su cáscara y pareció próxima á rajarse.

Entónces resonaron horribles gritos, seguidos de angustiosas pausas.

La actitud de las personas sentadas en la delantera del batel, formó singular contraste con la de los ricos ó potentados.

La jóven madre estrechaba á su hijo contra su seno, cada vez que las olas amenazaban sepultar la frágil embarcación; pero creía en la esperanza que había derramado en su corazón la palabra del forastero; cada vez volvía sus miradas hácia aquel hombre, y hallaba en el semblante del mismo una fé nueva, la fé fuerte de una mujer débil, la fé de una madre.

Viviendo de la palabra divina, de la palabra de amor escapada á aquel hombre, la sencilla criatura guardaba con fiadamente la ejecución de aquella especie de promesa, y apenas temía ya el peligro.

Clavado en el borde de la chalupa, el soldado no cesaba de contemplar aquel sér singular, en la impasibilidad del cual modelaba su rostro rudo y atezado, desplegando su inteligencia y voluntad, cuyos potentes resortes se habían viciado poco durante el curso de una vida pasiva y maquinal; anheloso de mostrarse tranquilo y sereno al igual de aquel valor superior, acabó por identificarse, quizás sin saberlo, con el principio secreto de aquel poder interior.

Luego su admiración se convirtió en un fanatismo instintivo, en un amor sin límites, en una creencia en aquel hombre, semejante al entusiasmo que los soldados sienten por su jefe, cuando es poderoso y le rodea la aureola de las victorias, y marcha entre el ruidoso prestigio del genio.

La anciana pobre decía en voz baja:

—¡Ah! ¡qué infame pecadora soy! ¡Habré sufrido bastante para expiar los placeres de mi juventud? ¡Ah! desgraciada, ¡por qué has llevado la vida bella de una Galloise, te has comido los bienes de Dios con eclesiásticos, los bienes de los pobres con los exatores? ¡Ah! ¡cuán grande ha sido mi culpa!... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! dejadme acabar mi infierno en esta tierra de desventura.

O bien:

—¡Virgen santa, madre de Dios, tened piedad de mí!

—Consolaos, abuela, el buen Dios no es un usurero. Aun que he matado, tal vez á diestro y á siniestro, á los buenos y á los malos, no temo la resurrección de la carne.

—Ah! señor sargento, que felices son esas hermosas damas de hallarse al lado de un obispo, de un santo, prosiguió la anciana, recibirán la absolución de sus pecados. Oh! si pudiera oír la voz de un sacerdote diciéndome:—Vuestros pecados os serán perdonados, yo le creería!...

El forastero se volvió hacia ella, y su mirada caritativa la hizo estremecerse.

—Tened fé, le dijo, y sereis salva.

—Que Dios os lo premie, mi buen señor, le respondió ella. Si habláis la verdad, por vos y por mí iré peregrinando descalza á Nuestra Señora de Loreto.

Los dos labriegos, padre é hijo, permanecían silenciosos, resignados y sometidos á la voluntad de Dios, como personas acostumbradas á seguir instintivamente, como los animales, los vaivenes de la naturaleza.

Así, de un lado las riquezas, el orgullo, la ciencia, el desenfreno, el crimen, toda la sociedad humana tal como la forman las artes, el pensamiento, la educación, el mundo y sus leyes; pero también, de este lado solamente, los gritos, el terror, mil sentimientos diversos combatidos por dudas espantosas, allí, tan solo las congojas del miedo.

Luego, por encima de aquellas existencias, un hombre vigoroso, el patron de la barca, no dudando de nada, el jefe, el monarca fatalista, siendo su propia providencia, y gritando:—«¡San Achicador!...» y de ningún modo:—«¡Virgen Santa!...» desafiando, en fin, á la tempestad, y luchando cuerpo á cuerpo con el mar.

En el extremo opuesto de la navecilla, séres débiles! La madre meciendo en su seno á un pequeño niño que sonreía á la tempestad; una jóven, en otro tiempo alegre, ahora entregada á horribles remordimientos; un soldado acribillado de heridas, sin otra recompensa que su vida mutilada, como precio de una fidelidad infatigable, con dificultad poseía un pedazo de pan empapado en llanto; á pesar de ello, se reía de todo y vivía sin cuidados, feliz cuando amagaba su gloria en el fondo de un vaso de cerveza ó la refería á sus hijos que la admiraban, encomendaba alegremente á Dios el cuidado de su porvenir; finalmente, dos labriegos, hombres de pena y de fatiga, el trabajo encarnado, la labor de que vivía el mundo.

Estas sencillas criaturas vivían sin preocuparse del pesamamiento y de sus tesoros; pero dispuestos á abismarlos en una creencia, conservando la fé tanto mas robusta cuanto jamás habian discutido ni analizado nada; naturalezas virgenes en quienes la conciencia habia permanecido pura y el sentimiento poderoso; los remordimientos, la desventura, el amor, el trabajo, habian adiestrado, purificado, concentrado, centuplicado su voluntad, la única cosa que en el hombre se parece á lo que los sabios llaman un alma.

Cuando la barca, conducida por la prodigiosa destreza del piloto, llegó casi á la vista de Ostende, á cincuenta pasos de la playa, fué rechazada por una convulsion de la tempestad, y zozobró repentinamente.

Entonces, el forastero de luminoso rostro dijo á aquel pequeño mundo de dolor:

—Los creyentes serán salvos; los que tengan fé que me sigan!

Aquel hombre se puso de pié y anduvo con paso firme sobre las olas.

Inmediatamente, la jóven madre tomó en brazos á su hijo, y junto á él anduvo sobre el mar.

El soldado se irguió de pronto, diciendo en su sencillo lenguaje:

—¡Ah! ¡voto á cribas! te seguiré á los infiernos.

Luego, sin demostrar asombro, anduvo sobre el mar.

La vieja pecadora, creyendo en la Omnipotencia de Dios, siguió al hombre y anduvo sobre el mar.

Los dos labriegos se dijeron:

—Una vez que ellos andan sobre el agua, ¿por qué lo hacer nosotros otro tanto?

Se levantaron y corrieron en pos de ellos, andando sobre el mar.



Tomás quiso imitarles, pero como vacilase su fé, cayó en el mar varias veces y se levantó; luego, al cabo de tres tentativas, anduvo sobre el mar.

El audaz piloto se habia incrustado como una *rémora* en el fondo de su barca.

El avaro habia tenido fé y se habia levantado; pero quiso llevarse su oro, y su oro le arrastró al fondo del mar.

Burlándose del charlatan y de los imbéciles que lo escuchaban, en el momento de ver al desconocido proponiendo á los pasajeros andar sobre el mar, el sábio se echó á reir y fué tragado por las olas.

La jóven fué arrastrada al abismo por su amante.

El obispo y la vieja dama fueron á fondo, tal vez cargados de crímenes, pero mas cargados aún de incredulidad, de confianza en imágenes falsas, pesados de devocion, ligeros de limosnas y de verdadera religion.

La cuadrilla fiel que pisaba con pié firme y seco la llanura de las aguas irritadas, oia en torno suyo los horribles silvidos de la tempestad.

Enormes oleadas iban á estrellarse en su camino.

Una fuerza invencible dividia el Océano.

A través de la niebla, aquellos fieles divisaban á lo léjos, sobre la playa, una débil lucecita oscilando en la ventanas de una choza de pescadores.

Cada uno de ellos, al dirigirse valerosamente hácia aquella luz, creia oir á su vecino gritando á través de los bramidos del mar:

—¡Valor!

Y sin embargo, atentos á su peligro, nadie proferia una palabra.

Así llegaron á la playa.

Cuando todos se hallaron sentados junto al hogar del pescador, en vano buscaron á su luminoso guia.

Sentado en lo alto de un peñasco, al pié del cual el huracan arrojó al piloto incrustado en su tabla, con esa fuerza que despliegan los marinos en sus agarradas con la muerte; el *Hombre* descendió, recogió el naufrágo casi despedazado; luego dijo, extendiendo sobre la cabeza de éste una mano protectora;

—Bien por esta vez, pero no lo repitais, darlais muy mal ejemplo.

Cargó el marino sobre sus hombros y le llevó hasta la choza del pescador. Llamó para el desgraciado, con objeto de que abrieran á éste la puerta de aquel humilde asilo. Luego el Salvador desapareció.

En aquel sitio, los marineros construyeron el convento de la Merced, en donde se vió durante mucho tiempo la huella que los piés de Jesucristo habian, segun fama, impreso en la arena.

En el año 1793, cuando la entrada de los franceses en Bélgica, unos monjes se llevaron aquella preciosa reliquia, testimonio de la última visita que Jesucristo haya hecho á los mortales.

## II.

## EN EL TEMPLO.

Allí fué donde, cansado de vivir, me hallaba algun tiempo despues de la revolucion de 1830.

Si me hubiérais preguntado el motivo de mi desesperacion, casi me habria sido imposible decirlo, tan débil y triste se sentia mi alma.

Los resortes de mi inteligencia se desataban á la brisa de un viento oeste. El cielo estaba frio y negro, y las nubes oscuras que flotaban sobre mi cabeza, daban á la naturaleza una expresion siniestra.

La inmensidad del mar, todo me decia:

—Morir hoy, morir mañana, no es siempre morir? Pues, entónces.....

Yo vagaba pensando en un porvenir incierto; en mis esperanzas desvanecidas

Presa de estas funebres ideas, entré maquinalmente en aquella iglesia del convento, cuyas pardas torres se me aparecian entónces como fantasmas á traves de las brumas del mar.

Miré sin entusiasmo aquel bosque de columnas reunidas cuyos frondosos capiteles sostienen ligeros arcos, formando un elegante laberinto.

Anduve al descuido por las naves laterales, que se extendian ante mí como pórticos girando sobre sí mismos.

La dudosa luz de un dia de otoño con dificultad permitia ver las llaves esculpidas en lo alto de las bóvedas, las delicadas molduras que tan puramente dibujaban los ángulos de las graciosas cimbras.

Los tubos del órgano permanecian mudos. Solo el rumor de mis pisadas despertaba los ecos graves ocultos en las negras capillas.

Sentéme al pié de uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula junto al coro.

Desde allí, podía abarcar el conjunto de aquel monumento, que contemplaba sin unir á él ninguna idea.

Sólo el efecto mecánico de mis ojos me hacia abarcar el dédalo imponente de todos los pilares, los inmensos rosetones milagrosamente sujetos á manera de enrejados encima de las puertas laterales ó de la gran puerta principal; las galerías aéreas en donde delgadas columnitas separaban las vidrieras engastadas en arcos, adornos ó flores, linda filigrana de piedra.

En el fondo del coro, una cúpula de vidrio resplandecía como compuesta de piedras preciosas hábilmente engarzadas.

A derecha é izquierda, dos naves profundas oponían á aquella bóveda, ya blanca, ya colorada, sus negras sombras en el fondo de las cuales se dibujaba débilmente las confusas cañas de cien pardas columnas.

Mis percepciones se hicieron confusas á fuerza de mirar aquellas arcadas maravillosas, aquellos arabescos, aquellos festones, aquellas espirales, caprichos moriscos que se entrelazaban unos á otros, extrañamente iluminados.

Halléme como en el límite entre las ilusiones y la realidad, preso en los lazos de la óptica y aturdido casi por la multitud de aspectos.

Aquellas piedras cortadas veláronse insensiblemente; ya no las ví más que á través de una nube de polvo de oro, semejante á las que voltean en las fajas luminosas trazadas por un rayo de sol en una estancia.

En el seno de aquella atmósfera vaporosa que confundió todas las formas, resplandeció de repente el encaje de todos los rosetones.

Cada moldura, cada filete esculpido, hasta el menor detalle se argentó.

El sol encendió las vidrieras cuyos ricos colores chispearon.

Moviéronse las columnas, los capiteles se bambolearon lentamente.

Un temblor cariñoso dislocó el edificio, cuyos frisos se movieron con graciosas precauciones.

Varios gruesos pilares tuvieron movimientos graves como la danza de la viuda, que al finalizar un baile, completa por complacencia la última pareja de unos rigodones.

Algunas columnas delgadas y rectas se echaron á reír y á saltar, coronadas de adornos.

Puntiagudas cimbras chocaron en las altas ventanas largas y estrechas, semejantes á aquellas damas de la edad me-

dia, llevaban sus escudos de armas pintados en sus vestidos de oro.

La danza de aquellas arcadas mitradas con aquellas elegantes ventanas, semejaba las luchas de un torneo.

En breve vibraron todas las piedras del templo, pero sin moverse de su sitio.

Los órganos hablaron, y me hicieron oír una armonía divina á la cual se mezclaron voces de ángeles, música inaudita, acompañada del sordo sochantre de las campanas, cuyos tañidos anunciaban que las dos colosales torres se balanceaban sobre sus bases cuadradas.

Aquella extraña algazara me pareció la cosa mas natural del mundo, y ni siquiera me asombré despues de haber visto derribado á Cárlos X.

Yo mismo me sentia agitado dulcemente, cual si me hallara en una hamaca que me comunicaba una especie de placer nervioso, y del cual me seria imposible dar idea.

Con todo, en medio de aquella ardiente bacanal, el coro de la catedral me pareció frio, como si el invierno hubiera reinado en él.

Ví en este una multitud de mujeres vestidas de blanco, pero inmóviles y silenciosas.

Algunos incensarios derramaron un perfume suave que penetró mi alma, regocijándola.

Los cirios ardieron.

El facistol, alegre cual un chantre beodo, saltó como un sombrero chino.

Comprendí que la catedral daba vueltas sobre sí misma, con tanta rapidez, que cada objeto parecia no moverse de su sitio.

El Cristo colosal, clavado en el altar, me sonreía con una benevolencia maliciosa que me infundió terror; dejé de mirarle para admirar á lo lejos un azulado vapor que se deslizó á través de los pilares, imprimiéndoles una gracia indescriptible.

Finalmente, varios arrebatadores semblantes de mujeres se agitaron en los frisos.

Los niños, que sostenian gruesas columnas, batieron alas por sí mismos.

Sentíme levantado por un poder divino que me abismó en una alegría infinita, en un éxtasis blando y dulce.

Creo que hubiera dado mi vida por prolongar la duracion de aquella fantasmagoría, cuando, de repente, me dijo una voz chillona:

—¡Despiértate, sígueme!

Una mujer descarnada me asió de la mano y comunicó á mis nervios el frío más horrible. Veíanse sus huesos á través de la arrugada piel de su semblante cárdeno y casi aceitunado.

Aquella fría viejecita vestía una túnica negra que arrastraba por el polvo, y guardaba en su cuello no sé que cosa blanca que yo no me atrevía á examinar.

Sus ojos fijos, levantados hácia el cielo, no permitían ver más que lo blanco de las pupilas.

Me arrastraba á través de la iglesia y señalaba su paso con ceniza caída de su túnica.

Al andar, crujieron sus huesos como los de un esqueleto.

A medida que avanzábamos, oía detrás de mí el repiqueteo de una campanilla, cuyos ásperos sonidos resonaron en mi cerebro, como los de un armonio.

—Es preciso sufrir, es preciso sufrir, me decía ella.

Salimos de la iglesia y atravesamos las calles más fangosas de la ciudad; luego, me hizo entrar en una casa negra, hácia la cual me atrajo gritando con su voz chillona cuyo metal era cascado como el de una campana rota:

—¡Defiéndeme, defiéndeme!

Subimos una escalera tortuosa,

Quando hubo llamado á una puerta oscura, un hombre mudo, semejante á los familiares de la Inquisición, abrió aquella puerta.

Muy pronto nos hallamos en una estancia cubierta de viejos tapices agujereados, llena de antiguas ropas blancas, de muselinas ajadas y dorados cobres.

—Hé ahí riquezas eternas, dijo.

Entonces me estremecí de horror, viendo distintamente, al resplandor de una larga antorcha y de dos cirios, que aquella mujer debía haber salido recientemente de un cementerio.

Carecía de cabellos.

Quise huir; movió su brazo de esqueleto y me rodeó de un círculo de hierro, armado de pinchos.

A semejante movimiento, un grito exhalado por millones de voces, el hurra de los muertos, retumbó junto á nosotros!

—Quiero hacerte venturoso para siempre, dijo ella. Eres mi hijo!

Nos hallábamos sentados ante una hoguera, cuyas cenizas estaban frías.

Entonces, la viejecita me estrechó la mano con tal fuerza, que me vi obligado á permanecer allí.

La contemplé fijamente y procuré adivinar la historia de

su vida, examinando los andrajos en medio de los cuales se hallaba encharcada.

¿Pero existía?

Verdaderamente era un misterio.

Yo veía bien claro que en otro tiempo debía de haber sido joven y hermosa, adornada de todas las gracias de la inocencia, verdadera estatua griega de frente virginal.

—Ah! ah! le dije, ahora te conozco: Desgraciada, por qué te has prostituido á los hombres? En la edad de las pasiones, enriquecida, has olvidado tu pura y suave juventud, tus fidelidades sublimes, tus costumbres inocentes, tus creencias fecundas, y por los poderes de la carne has abdicado tu primitivo poder, tu supremacía toda intelectual. Despojándote, de tus vestidos de lino, abandonando tu lecho de musgo, tus grutas alumbradas por divinos resplandores, has resplandecido de diamantes, de lujo y de lujuria. Audaz, orgullosa, ambicionándolo todo, obteniéndolo todo, y derribándolo todo en tu camino; como una prostituta en bega que corre al placer, has sido sanguinaria cual una reina embrutescida á fuerza de caprichos. ¿No recuerdas haber sido estúpida con frecuencia y por momentos? ¿Luego, de improviso inteligente hasta la maravilla, como el arte saliendo de una orgía? Poeta, pintor, cantatriz, amante de de las ceremonias espléndidas, por ventura no has protegido las artes, sólo por capricho, y únicamente para dormir bajo magníficos artonados? Un día, fantástica é insolente, tú que debías ser casada y modesta, no lo has sometido todo á tu sandalia, y has arrojado ésta á la cabeza de los soberanos que poseían en la tierra el poder, el oro y el talento? Insultando al hombre y complaciéndote en ver hasta donde llegaba la bobería humana, ordenabas á tus amantes que anduvieran en cuatro patas, que te cedieran sus bienes, sus tesoros, sus propias mujeres, cuando éstas valían algo!.. sin motivo, has devorado millones de hombres, les has arrojado, como nubes de arena, de Occidente á Oriente. Has descendido de las cúspides del pensamiento, para sentarte al lado de los reyes. Mujer, en vez de consolar á los hombres, les has atormentado y afligido. En la seguridad de obtenerla; pedías sangre!..

Podías, sin embargo, contentarte con un poco de harina, educada como fuiste, con comer tortas y mezclar agua en tu vino, Original en todo, en otro tiempo prohibías á tus amantes extenuados que comieran, y ellos no comían. ¿Por qué eras extravagante hasta exigir lo imposible? Semejante á tal ó cual cortesana mimada por sus adoradores, por

qué has enloquecido por necesidades y no has desengafiado á los que explicaban o justificaban todos tus errores? ¡Has tenido, en fin, tus últimas pasiones! Terrible como el amor de una mujer de cuarenta años, has rugido! Has querido estrechar al universo entero en un último abrazo, y el universo, que te pertenecía, te ha escapado. Luego, despues de los jóvenes, han acudido á tus pies ancianos, seres impotentes, que te han vuelto horrorosa. A pesar de ello, algunos hombres de mirada de águila, te decían con una mirada: —Perecerás sin gloria, porque has vendido, porque has faltado á tus promesas de Virgen. En lugar de ser un ángel de frente serena, y de sembrar la luz y la ventura en tu camino, has sido una Mesalina aficionada al circo y al desenfreno, abusando de tu poder. Ya no puedes recobrar la virginidad, necesitarías un amo. Tu hora va á sonar. Sientes ya el hálito de la muerte. Tus herederos te creen rica, te matarán y nada heredarán. Intenta al ménos arrojar tus atavíos que ya no estan de moda, vuelve á ser lo que fuiste en otro tiempo. Pero no, te has suicidado! ¿No es esta tu historia? le dije terminando; vieja caduca, desdentada, fria, hoy olvidada y que pasa sin llamar la atención de una mirada? ¿Por qué vives? ¿Qué haces de tu toga de litigante, que no excita los deseos de nadie? ¿Qué ha sido de tu fortuna? ¿Por qué la has malversado? ¿En dónde se hallan tus tesoros? ¿Has hecho algo útil?

A esta pregunta, la viejecita se irguió sobre sus huesos, arrojó sus andrajos, creció, se iluminó, sonrió, salió de su negra crisálida.

Luego, como una mariposa recién nacida, aquella creación india abandonó sus palmas, se me apareció joven y blanca, vestida de lino.

Su cabellera de oro flotó sobre sus hombros, sus ojos resplandecieron, una aureola luminosa la rodeó, un círculo de oro giró sobre su cabeza, hizo un gesto hácia el espacio, agitando una larga espada de fuego.

—Mira y cree! dijo.

De repente, vi á lo lejos bosques de catedrales parecidas á las que acababa de abandonar, pero adornadas de cuadros y de frescos; oí en ellas conciertos arrebatadores.

En torno de aquellos monumentos, millares de hombres se estrujaban, como hormigas en sus hormigueros.

Unos apresurándose á salvar libros y copiar manuscritos, otros sirviendo á los pobres, casi todos estudiando.

Del seno de aquella muchedumbre innumerable surgían estatuas colosales, levantadas por ellos.

A la fantástica luz proyectada por un luminar tan grande como el sol, pude leer en el zócalo de aquellas estatuas:

HISTORIA. CIENCIAS. LITERATURAS.

Extinguióse la luz, halléme en presencia de la jóven, la cual gradualmente fué entrando de nuevo en su fria envoltura, en sus andrajos mortuorios y envejeció de nuevo.

Su familiar le trajo un poco de cisco, con objeto de que renovara las cenizas de su brasesillo, porque la temperatura era ruda; luego, le encendió, á ella que habia tenido millares de bujías en sus palacios, una lamparilla para que pudiera leer sus oraciones durante la noche.

—¡Ya no se cree! dijo ella.

Tal era la crítica situacion en que ví al más bello, al más vasto, al más verdadero, al más fecundo de todos los poderes.

—Despertaos, señor, van á cerrar, me dijo una voz ronca.

Al volver el rostro, divisé la horrible figura del repartidor de agua bendita; me habia sacudido el brazo.

Hallé la catedral sepultada en la sombra, como un hombre embozado en una capa.

—Creer, me dije, es vivir; Acabo de ver pasar el entierro de una monarquía; es necesario defender á la *Iglesia!*....

Paris, Febrero de 1831.

FIN.



ANUNCIO.

## ANUNCIO.

El establecimiento tipográfico de LA VOZ DE GALICIA, se encarga de toda clase de impresiones sencillas y de lujo.

Las oficinas se hallan establecidas en la calle de San Andrés, número 19.



